

EDITORIAL

La Espina de Gibraltar

«No sufrimos ninguna psicosis de Gibraltar —decía «Arriba» el mes pasado— ni tenemos que redoblar el tambor sobre un nombre que está clavado en nuestro corazón, como lo están los grandes dolores de los pueblos: en silencio. Lo que sucede es que cuando los demás hablan del Peñón irredento, nosotros hemos de decir también nuestra palabra sobre lo que es nuestro...» pues nuestro es ese pedazo de tierra española, en la que aún no ondea el rojo y gualda de nuestra bandera. Y es nuestro, porque no se ha perdido en batalla alguna, ni se ha rendido a ninguna potencia extranjera; los ingleses tomaron posesión de él en nombre del Archiduque de Austria, y es muy posible que de haberse presentado enarbolando la bandera pirata, Roocke hubiera tardado algo más en apoderarse del Peñón. Y es nuestro porque cuando a uno le quitan una cosa con engaños, legalmente es suya, aún cuando el ladrón se niegue a devolverla.

No necesitamos redoblar el tambor para pronunciar un nombre que excite a los españoles, pues en el corazón de todos, aunque en silencio, está clavado Gibraltar. Y si esa espina punza nuestro corazón, en silencio sufrimos el dolor que nos causa esa «vergüenza nacional» y procuramos reprimirnos, aunque se busquen por parte de Inglaterra cuantos medios y ocasiones estén a su alcance para zaherirnos, blasonando de su injusta posesión; cuando en realidad lo que debiera de haber hecho hace tiempo, era devolver a sus legítimos dueños esa parcela de tierra española.

Pero no, no lo ha hecho, ni esperamos que lo haga, pues distan mucho los ingleses de comprender el significado de la palabra *honor*. Ellos que han

hecho un dios del Comercio, todo lo miran al través del cristal de los beneficios, y una villanía, un abuso de confianza o de amistad, un espolio de los bienes que los demás les prestaron, pueden convertir a uno en héroe nacional o en Lord de Inglaterra, si esa villanía, ese abuso de confianza, ese espolio se hace en beneficio del País.

Por eso la historia inglesa no ha repudiado el acto de Roocke, ni el de aquel Gobernador inglés que con argucias consiguió permiso para edificar un hospital, con el fin de atajar la peste, que se había declarado cerca del Peñón, quedándose después con el hospital y con la «zona apestada»; la historia inglesa no ha reprobado a los reyes que se aprovecharon de aquellas villanías de sus súbditos y premiaron a sus autores, tampoco ha reprobado la historia inglesa a las generaciones que aplaudieron estos actos. Nosotros, sí las reprobamos y a las actuales, que aún persisten en aprobar la conducta de sus antepasados. Nosotros, sí reprobamos estos actos y más ahora que está plenamente demostrado que con ellos ya no se beneficia Inglaterra.

Si «Gibraltar no vale una guerra» —lo ha dicho Franco— sepamos esperar a que caiga como cae la fruta del árbol; pero sepamos hacerlo, como se hace por esta nuestra tierra, cuando se dice: «andando te espero». Gibraltar solo debe producirnos en nuestra marcha la sensación de una espina clavada en nuestros pies, que nos molesta, nos duele: pero no nos impide caminar. Sigamos adelante nuestro camino, con la seguridad de que no se olvida; pues como ha dicho nuestro Caudillo: «Gibraltar es un hecho vivo que no prescribe».

Saludo mordaz a Churchill

Te saludo viejo Churchill, de la legendaria sonrisa de zorro.

Te saludo por fumarte la moral internacional con igual destreza que tus cigarros.

Admiro tu gallardía, haciendo llenarse de sangre millones de bayonetas para salvar a Polonia; pero no menos admiro tu sutil sentido práctico, entregándosela a Rusia, en cuatro patéticas frases de uno de tus mil aplaudidos discursos.

Envidio tu idolatría por el dios del Comercio, que te permite alimentar de plomo los fusiles de los chinos, para que mueran comercialmente tus «boys» de la Commonwealth.

Pero te compadezco, Churchill. Yo sé que, solo en tu despacho del 10 de Downing Street, piensas de otro modo de muchas cosas; pero eres víctima de la traición. Sí. Gravita sobre tu cabeza un teorema de galeones hundidos por Drake, de pañerías de Bèjar bombardeadas por Wellington, de tribus de Australia, exterminadas entre letanías de rifles, cantando al unísono como educados colegiales de Eton, de Egipcios acribillados en Ismailia, de Chinos consumidos por el opio...

Por eso, en este día ¿para qué voy a decirte algo de Gibraltar.

¿Cómo vas a romper esa tradición con un acto honrado?